

**HOMILIA DE MONSEÑOR ÓSCAR URBINA ORTEGA
ARZOBISPO DE VILLAVICENCIO
PRESIDENTE CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA
3 DE MAYO DE 2019**

“DÍA NACIONAL DE LA RECONCILIACIÓN”

Hoy realizamos la segunda jornada de oración y reflexión sobre la reconciliación del país, recordando los 17 años de la muerte de tantas víctimas en Bojayá. El Papa, mirando al Cristo mutilado, pero con el rostro sereno, exclamaba: “Junto con tus brazos y tus pies, te arrancaron a tus hijos que buscaron refugio en Ti”.

Hoy, Contemplamos de nuevo el árbol de la cruz que no solo ha florecido sino dado el fruto maravilloso de la Resurrección. Esa contemplación la hacemos no sólo desde la tierra sino también desde el corazón y los ojos de Dios nuestro Padre que viene en su Hijo amado al encuentro de nuestro dolor, que ha dejado y todavía continúa dejando, el conflicto en nuestra querida nación.

El Padre celestial de nuevo se da cita en la cruz sanadora de Cristo, con nosotros porque la cruz reconcilia y nos hace entrar en su dinámica reconciliadora; porque la reconciliación genuina viene de Dios, no es un proceso que parte de nosotros solos y sea fruto de nuestros pobres esfuerzos.

Dios Padre nos mostró su amor, entregando a su Hijo, para que en la cruz rompiera el muro que nos separa y no nos deja ser felices, el odio. En su hijo nos ha perdonado y enseñado que el odio no tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la violencia y la muerte; y que del dolor puede florecer la vida y la resurrección, para que, junto a Cristo, bajo la sombra de su árbol santo, aprendamos la fuerza del perdón y la grandeza de su entrega, de su amor.

Jesús, cuya Pascua estamos celebrando, nos acompaña y anima, en especial a las víctimas del conflicto y de todas las violencias que ahora germinan en nuestra geografía, para que con el perdón rompan el círculo de la violencia que engendra más violencia, del odio que siembra las semillas del miedo y de más odio. Son las víctimas las que como Jesús, que ahora es el gran Sobreviviente, nos muestran que la reconciliación es posible, gracias a la fuerza que nos transmite el crucificado, que ahora vive, para perdonar y amar y soñar con esperanza la paz querida para Colombia.

San Juan en el Evangelio que hoy se cumple entre nosotros usa la imagen de la serpiente que dejando de arrastrarse por la tierra se levanta entre el cielo y la tierra para sanar las heridas y el veneno de su mordedura. La serpiente es símbolo de amenaza, de terror por su veneno. Se relaciona con las heridas que llevamos en el corazón y que son más profundas y difíciles de sanar que las del cuerpo. Pero, la serpiente por su cambio de piel es la imagen de nuestra reconstrucción humana: es preciso liberarnos de la vieja envoltura del rencor y abrazar en la cruz el amor que libera y reconstruye.

Jesús, levantado como la serpiente en el desierto, sana las heridas del odio y la venganza, es el médico herido, que nos cura con sus llagas gloriosas y renueva nuestra existencia convirtiéndonos en nuevas creaturas con la gracia del Espíritu Santo que nos regala.

Así como la cruz produjo tantas lágrimas para Jesús, para María, los discípulos y las mujeres que lo siguieron hasta el calvario, esa misma cruz puede comunicarnos libertad, sanación, redención, liberación, reconciliación y vida fraterna que origina una verdadera cultura del encuentro en nuestras familias que hoy también son azotadas por la plaga de la violencia intrafamiliar, los espacios de la academia, la vida social, económica, cultural y

política donde las agresiones contra niños, mujeres y ancianos están al orden del día.

Para todos hay esperanza, los que han promovido violencia y los que han sido víctimas; no todo está perdido en nuestra Colombia. Nuestras familias y nuestra sociedad no pueden dejarse esclavizar por los odios e indiferencias que están sumergiendo a niños y jóvenes en el consumo de la droga, el suicidio y la violencia. Tenemos la fuerza que brota de nuestra fe para hacer renacer nuestras vidas, nuestra vivencia ética, el cultivo de los valores auténticos y perennes que nos vienen del Evangelio.

Desde la cruz, Jesús nos pide tener la valentía para reconocer el camino de la reconciliación, tener la valentía de recibir y ofrecer perdón y superar tantas enemistades, ser capaces de mirar en la cara la verdad que es inseparable de la justicia, la reparación y el compromiso de la superación de lo que nos ha enfrentado.

Todos somos, cada uno a la medida de nuestra misión en la sociedad, responsables de dar un aporte a la reconciliación, mientras más grande sea esa responsabilidad en lo político, lo económico, lo social, lo pedagógico, lo familiar y lo religioso, mayor es nuestro compromiso. La tarea es con Jesús, de su mano, con su misericordia.

Ahora que vivimos de nuevo el misterio de su entrega en el altar, renovemos nuestra fe, acogamos el don de su amor profundo y pidámosle la gracia de ser artesanos de paz en todos los ambientes sociales para que donde haya odio, confrontaciones, agresiones, sembremos amor, armonía, reconciliación, encuentros amables y fraternos.

Que como pidió el Papa a los pies del Cristo de Bojayá, restauremos sus manos y sus pies saliendo al encuentro de los demás con gestos de consuelo, apoyo, defensa de la dignidad de toda víctima, compañía; siendo testigos de su amor y su misericordia.